



Sobre la (in)existencia del método y los fundamentos de una ontología histórico-crítica de nuestra actualidad

Constanza San Pedro*

Magalí Herranz*

La tarea de la filosofía como un análisis crítico de nuestro mundo es cada vez más importante. Quizás el más importante de todos los problemas filosóficos es el problema del tiempo presente, y de lo que somos en este preciso momento
El sujeto y el poder, Michel Foucault

Son múltiples los métodos que acompañan el desarrollo de la filosofía a lo largo de la historia, como así también los objetos de estudio que se propone. Intentaremos, a partir de una reconstrucción crítica de Michel Foucault, indagar en torno al método que acompañó sus vastas investigaciones, reconociendo los momentos en los que emergen, los planos de la realidad a los que apuntan, y los desplazamientos que implicaron en su producción. Existen, como dijimos, tres planos, tres dimensiones que se entrecruzan, complementan y dan cuenta de la reflexión crítica del presente que propone el autor: la arqueología, la genealogía y la ética. Al abordarlos, la filosofía se conduce al modo de una *geología* (Foucault, 1993, p. 74) de la actualidad, que no se remontará a un origen prístino para explicarla (lo primero, originario), ni se hundirá en las oscuras raíces de lo oculto (lo esencial), sino que rondará la superficie de los fenómenos, como ese territorio, ese escenario en el cual se ponen en juego las relaciones de saber-poder, de gobierno y las tecnologías que aplicamos sobre nosotros mismos. Esto implica reconocer en las dimensiones o niveles de análisis que nos propone Foucault no tres métodos abocados a temáticas divergentes, sino aristas, momentos necesarios que dan cuenta de cómo las tecnologías de saber-poder generan efectos múltiples. La separación será sólo analítica, ya que entendemos que la genealogía no reemplaza a

*FemGeS, ClIFFyH, FFyH, UNC - constanzasanpedro@unc.edu.ar

* FFyH, UNC - magaliherranz@gmail.com

la arqueología, así como la ética no sustituye a la genealogía, sino que se trata de acercamientos distintos que se engloban en la búsqueda de comprender qué (nos) pasa hoy.

Intentaremos, entonces, comprender de qué manera las pistas, caminos, señalamientos, en definitiva, la caja de herramientas que nos propone Foucault sirven para abordar nuestro presente, para hacer una ontología histórico crítica de nosotrxs mismxs en relación a la verdad, al poder y a la ética. Nos interesa pensar particularmente cómo este no-método se nos presenta como una lectura crítica de la realidad, que nos permite dar cuenta de la complejidad de la actualidad en la que vivimos.

Resulta urgente que la filosofía se ponga al servicio de lo que nos pasa y de lo que somos, instalando preguntas que nos permitan cuestionar el orden de lo existente, explicar por qué habitamos esta forma determinada de administrar la población, de constituirnos como sujetxs, de relacionarnos con nosotrxs mismxs y con otrxs, de ser gobernadx. Que nos genere algunas preguntas sobre por qué toleramos hoy ciertos niveles de violencia, de destrucción, de deshumanización. Que nos sirva para desnaturalizar la irrisoria idea de un destino intransformable.

Nos detendremos principalmente en este trabajo en un recorte -que, como tal, es siempre arbitrario, producto de decisiones motivadas por razones tan diversas como el placer, la inconformidad, la familiaridad o la novedad- de dichos que trascienden y transgreden su obra canónica, es decir, que se encuentran por fuera de los libros incluidos dentro de esa noción tradicional y paralizante que es la de *obra*, que el mismo Foucault rechaza.

Sería, por otro lado, imposible e improductivo para nuestro objeto de estudio proponer una sistematización acabada del pensamiento de Foucault. En otras palabras, no trataremos aquí de realizar un rastreo bibliográfico minucioso en el que recuperemos todas las formas en que el autor define a la arqueología, la genealogía y la ética, sino de una interpretación posible en la que estas dimensiones nos resulten productivas a los fines de nuestras reflexiones más urgentes. Intentaremos entonces reunir algunas de sus ideas, experiencias y formas de análisis que nos servirán para continuar nuestras investigaciones.

I. El objeto del pensamiento. O acerca de los modos en que nos aproximamos y leemos la realidad

La filosofía encuentra entre sus rasgos históricamente constitutivos la necesidad de preguntarse sobre sí misma. Ella misma es materia de sus propias indagaciones. Sin embargo, los objetos de estudio de la filosofía han variado a lo largo de la historia, y por tanto los mecanismos a través de los cuales se accede a ese saber. Se ha llegado incluso a afirmar que existen tantas definiciones de filosofía como filósofos. ¿Es tarea de la filosofía la reflexión sobre el presente? ¿O su lugar se remonta a las grandes ideas de otros que no habitaron nuestro tiempo? En esta discusión, adscribimos a una noción foucaultiana de la filosofía, a partir de la cual afirmamos que no es ni más ni menos que una ontología crítica e histórica del presente, de nosotros mismos. Esto significa reconocer en la praxis filosófica el requisito ineludible de abordar los atravesamientos de las condiciones en las que un problema se plantea, desde los efectos y las prácticas efectivas, para así dar cuenta de que no hay sujeto ni verdad por fuera de las luchas disciplinares, políticas, morales de un momento dado. Se trata entonces de una actividad del pensamiento que lo invita a volverse sobre sí mismo, a cuestionar lo naturalizado, a transgredirlo.

La pregunta por el método atraviesa también la historia de la filosofía. ¿Cómo se produce el saber filosófico? ¿A través de qué mecanismos se legitima? ¿Se puede filosofar sin método? ¿qué efectos tiene la elección y puesta en práctica de una forma determinada de abordar el objeto de estudio? ¿Cómo se construye ese objeto y qué dice ese proceso al respecto de quienes lo estudiamos? Nos parece relevante abonar a la idea de que no existen métodos universales que nos permitan acceder a ciertos saberes. Esos métodos de comprensión, descripción y (re)producción de los mismos deben tener ciertos rasgos delimitados, pero sin embargo ser lo suficientemente flexibles para adecuarse a la realidad a la que buscan analizar. Siendo la actualidad, lo humano, el tiempo, las relaciones de saber-poder algo absolutamente contingente, cambiante, impredecible y prácticamente inabarcable, tenemos que poder estar a la altura de construir herramientas que hagan de nuestro análisis crítico de la realidad un saber relevante y significativo.

Es para nosotras un imperativo abocarnos a la tarea de comprender qué (nos) pasa en la actualidad, hacer problemático todo lo que a sim-

ple vista nos parece sólido, inamovible, natural. La tarea del pensamiento consiste entonces en ese trabajo de problematización constante y sistemático, que nos permita estar atentxs a todo aquello que nos resulta habitual, y buscar en esos mismos pequeños acontecimientos, que nada tienen de majestuosos, las inquietudes que nos interpelan en la cotidiana dramaturgia de lo real. Según Foucault, en la entrevista con H. Dreyfus y P. Rabinow, titulada *Acerca de la genealogía de la ética. Un panorama del trabajo en curso 1983*: “Lo que bloquea el pensamiento es la admisión implícita o explícita de una forma de problematización y la búsqueda de una solución que pueda reemplazar a la que se acepta” (Foucault, 2015, p. 347). En otras palabras, adscribir a un único modo de acercamiento y lectura de la realidad, nos lleva a cristalizar un sentido monolítico de los acontecimientos que nos interpelan, en lugar de habilitar la aproximación a la complejidad que la realidad nos presenta. Tampoco buscamos cuestionar un método para la instalación subsiguiente de otro.

El pensamiento tiene entonces la tarea de volver sobre sí mismo. Esto significa que no es posible detenerse ni en la pregunta que nos urge ni en una respuesta que clausure la inquietud. Es necesario que la inquietud, la pregunta, la incomodidad, sobreviva a una solución siempre transitoria, para sostener la vigilancia sobre todo aquello que se cristaliza como normal, para engendrar nuevas inquietudes y nuevas respuestas. El pensamiento, por ende, conlleva un movimiento constante que no debe dejar de incomodarnos.

II. Discusión sobre el método. O precisiones al respecto de las preguntas por el cómo

En el transcurrir de la argumentación foucaultiana encontramos dos referencias posibles que se abren en las preguntas sobre el *cómo*. En primer lugar, aparece la dimensión en la que pone el foco de sus investigaciones: *¿cómo* (Foucault, 2015), a través de qué mecanismos, nos hemos constituido en lxs sujetxs que somos hoy?; y, en segundo lugar, la pregunta sobre cómo se accede a cierto conocimiento, es decir, específicamente por el método.

En la primera dimensión teórico-metodológica, es central detenernos en el tipo de preguntas que Foucault plantea y que serán el horizonte hacia el cual se dirigen sus indagaciones, a la vez que la definición de los

objetos a estudiar. Estas preguntas ya no son sobre *qué* son las cosas, sobre su esencia nouménica, desde un carácter meramente descriptivo que tiene como condición de verdad la correspondencia con la realidad. Por el contrario, las preguntas se detienen sobre *cómo* es que las cosas, las personas, los vínculos, las instituciones son eso que vemos y habitamos hoy, constituidas precisamente a partir de relaciones de poder. En palabras de Foucault:

Abordar el tema del poder por un análisis del «cómo» es, pues, operar, en relación a la suposición de un «Poder» fundamental, varios desplazamientos críticos. Significa adoptar por objeto de análisis las *relaciones de poder* y no un poder; relaciones de *poder* que son distintas tanto de las capacidades objetivas como de las relaciones de comunicación; relaciones de poder, en fin, que pueden tomarse en la diversidad de sus encadenamientos con esas capacidades y esas relaciones (Foucault, 2015, p. 347).

Al analizar su trabajo desde un lugar de exterioridad (Florence, 1984, pp. 941-944), Foucault propone algunas reglas metodológicas para el análisis de la actualidad. En primer lugar, deben evitarse los universales de la antropología, es decir, resulta necesario no caer en supuestos eternos e inmodificables al respecto de qué cosa sean y de qué manera se comportan lxs seres humanxs, así como la identificación de ciertos rasgos esenciales como verdaderos. Por el contrario, deben estudiarse como productos de la contingencia histórica. Esto implica renunciar a la idea de unx *sujetx constituyente* -al decir de Foucault-, como ya constituido previamente al inicio de la investigación. En cambio, deberemos “descender al estudio de las prácticas concretas a través de las cuales el sujeto se constituye dentro de un campo de conocimiento” (Florencet, 1984, p. 944).

Este precepto metodológico se encuentra en absoluta coherencia con la idea foucaultiana de que no hay sujetx analizable de manera ahistórica, o por fuera de un campo de conocimiento determinado. Las mismas reglas de construcción de verdad de una disciplina construyen a lxs sujetxs de maneras diversas desde su eje de observación sobre las prácticas. Así, lx sujetx se objetiva, se transforma en objeto de conocimiento según las reglas de funcionamiento de un campo de saber determinado, transformando a la vez a lx sujetx de conocimiento: ambos polos se forman y transforman recíprocamente.

En tercer lugar, y en estrecha vinculación con lo hasta aquí dicho, deberá tomarse a las prácticas como el lugar desde el cual emprender el estudio, lo cual significa que el campo de análisis es aquello que hacemos. Esto implica reconocer que son las prácticas y cierto modo de ejercicio del poder lo que produce diferentes tipos de sujetxs que serán reconocidxs y valoradxs de manera diferencial. En este marco es que adquieren relevancia las siguientes preguntas: ¿qué se hace, en la actualidad, con quienes se entienden como lo otro, o el afuera de la comunidad? ¿Cuáles son los mecanismos a través de los cuales se constituye a un determinado sector de la población como lo *peligroso*, lo *excluido*? ¿Qué discursos se ponen a circular y qué efectos de poder producen?

En consonancia con estas propuestas, y contra la idea del sujeto cartesiano ahistórico y universal, la pregunta que nos orienta es por lx sujetx históricx, por el presente que lx constituye y al que constituye. Se trata de unx sujetx que pregunta y a la vez es objeto mismo de esa acción de preguntar: interrogarnos al respecto de lo que nos pasa nos lleva a reflexionar en torno a nuestra individualidad, pero siempre desde una perspectiva histórica y colectiva.

Nos interesa entonces pensar al método no como una receta fija y estática, como una instrucción acabada e inflexible a partir de la cual se procesan nuestras reflexiones. Entendemos que el método es más bien una estrategia que resulta de un habitar y transitar la realidad, de experimentar juegos del pensamiento, de la construcción de categorías que emergen a partir de adentrarse en un tema como un territorio. Se trata entonces de una tarea artesanal, siempre situada, que utiliza a la vez que moldea los elementos con los que entra en contacto, que también se conforma como una *obra* que produce el propio presente, y lxs sujetxs que estamos siendo. Método, en adelante, como sinónimo de aproximación a un aspecto de la realidad que tiene unas reglas generales, pero que no escapa a la constante problematización de los modos en que produce al objeto que busca comprender.

III. Arqueología, genealogía, ética. Tres dimensiones del pensamiento

Cualquier análisis lineal resulta insuficiente, sino equivocado, para analizar el pensamiento de Michel Foucault. Y lo que atañe a las aproximaciones metodológicas no es la excepción. En múltiples ocasiones se han

entendido a la arqueología, la genealogía y la ética como tres momentos de su trabajo, con tres objetos de conocimiento diversos y reglas propias de procedimiento. Sin embargo, atendiendo a las formas en que sus distintas producciones¹ se entrelazan, al tiempo que a la resignificación que el mismo Foucault hace de su trayectoria filosófica, no es posible sostener esta visión. Esto es así tanto por la simplicidad con la que este abordaje pretende organizar los aportes del autor, como por lo poco potente que resulta para abordar los acontecimientos de nuestra actualidad.

Intentaremos dar cuenta de que no se trata de etapas de un proceso, consecutivas y lineales, sino más bien de formas de abordaje que se solapan, complementan y vuelven unas sobre las otras a lo largo de la producción intelectual de Foucault. No se sustituyen, ni una da paso a la otra; se engloban, producen diálogos complejos. Se trata entonces de recortes analíticos que nos permiten acercarnos a su pensamiento, que nos permiten dar luz al escenario analizado en cada indagación. En otras palabras: “No hay una periodización tradicional ni una sucesión de métodos, sino diferentes aperturas de una misma tarea” (Morey, 1990, p. 25).

Es necesario, de todas maneras, poder reconocer rasgos singulares de cada una de estas dimensiones de trabajo, con el fin de valerse de ellas desde la potencia particular que cada una presenta. Efectivamente la obra de Foucault tiene diferentes énfasis, diferentes focos. Cada una de estas dimensiones hizo aportes a su forma de leer y de analizar críticamente la realidad. Todas ellas supusieron rupturas con las formas en que hasta entonces se pensaba la definición de los campos de saber, del objeto de conocimiento, y de quienes conocen.

Así, la arqueología tiene un carácter más bien descriptivo y se pregunta ¿qué puedo saber? La preocupación aquí se sitúa en “la aparición del sujeto que habla, trabaja y vive y de su inserción en distintos campos que, en forma de entendimiento, otorgaba estatus científico” (Florence, 1994, p. 943).

¹ Incluso muchas veces este recorte se hace analizando sólo los libros de este pensador. Por el contrario, por la vasta producción intelectual, que incluye cursos, entrevistas, artículos, conferencias, e incluso la importancia que adquiere aquello que se presenta por fuera de los cánones -constituidos como tales en contra de su voluntad-, estas otras formas de producción y circulación del saber contienen y explican la importancia del entrecruzamiento de estos “momentos” o “dimensiones”.

Por su parte, la genealogía tiene un carácter más bien explicativo, y se pregunta por el poder: ¿qué puedo hacer? De esta manera, busca identificar cómo ciertas prácticas, disciplinas e instituciones han puesto como objeto de estudio, conocimiento y producción a *lx propix sujetx*.

La práctica de gobierno de *lxs otrxs* y de *sí mismxs*, en vinculación con cómo nos hemos constituido como *sujetxs* en relación a determinado momento histórico, abre una nueva interrogación sobre la subjetividad. En particular el trabajo ético apuntó y se centró en los procedimientos mediante los cuales *lxs sujetxs* se constituyen como tales, y como objetos para *sí mismxs* dentro de un determinado juego de verdad, respondiendo a la pregunta ¿quién soy yo? La ética va a ser entonces esa relación que establecemos con *nosotrxs mismxs*.

Las preguntas que signan cada una de estas dimensiones evocan, según Deleuze (2014), a las preguntas kantianas sobre el hombre (Morey, 1990). Sin embargo, tal como afirma Foucault, se trató siempre y en definitiva de una misma tarea. Cada una de estas dimensiones ha vinculado y analizado de un modo particular el saber, el poder y *lxs sujetxs*. En sus palabras:

Quisiera decir, antes que nada, cuál ha sido la meta de mi trabajo durante los últimos veinte años. No ha consistido en analizar los fenómenos del poder ni en elaborar los fundamentos de tal análisis. Mi objetivo, por el contrario, ha consistido en crear una historia de los diferentes modos de subjetivación del ser humano en nuestra cultura. Me he ocupado, desde este punto de vista, de tres modos de objetivación que transforman a los seres humanos en sujetos (Foucault, 2015, p. 319).

A continuación, nos detendremos brevemente en cada una de estas tres dimensiones.

III.a. Lo propio de la arqueología. O la ontología histórica de nosotrxs mismxs en relación a la verdad que nos constituye como sujetxs de conocimiento

La arqueología es aquella disciplina que indaga sobre el pasado a través del estudio y análisis de construcciones, obras de arte, utensilios, escritos, etc. Se trata de una búsqueda sobre capas que ponen al descubierto la superficie del pasado. Puede atender tanto a los grandes monumentos, como a las pequeñas prácticas cotidianas propias de un momento histórico. Fou-



cault retoma esta metáfora, reconociendo la artesanal tarea de mirar con profundidad en la superficie, restringiendo su campo fundamentalmente a los documentos. No aquellos prestigiosos documentos históricos, sino más bien, los que pasan desapercibidos, o se pretenden irrelevantes, los que a primera vista no guardarían información que permita caracterizar un momento histórico determinado.

En este análisis de los registros escritos menores, Foucault busca dar cuenta de las condiciones históricas de posibilidad de los saberes y los efectos que tiene sobre la producción de subjetividad la circulación de lo que se entiende por verdadero. Esto supone atender a las formas de producción discursiva en un momento dado, entendiendo que dichos discursos implican mucho más que su texto escrito, en tanto que se encuentran atravesados por intereses políticos amplios y responden a las necesidades de una forma específica de gobierno. Así, *lx sujetx* se torna objeto de un posible saber dentro de un juego de verdad y la arqueología se pregunta, entonces, “¿Cuáles son los procesos de subjetivación y objetivación que le permiten al sujeto, como sujeto, convertirse en objeto de conocimiento?” (Florence, 1984, pp. 942-943).

Ahora bien, ¿de qué hablamos cuando hablamos de documentos? Entendemos a los documentos como monumentos, pero no desde una dimensión magnífica o solemne, sino como datos históricos de la memoria de un pueblo. No se trata de tomar a los documentos como signos de otra cosa, como señalamiento de una verdad más profunda de la que son el único recordatorio, sino como prácticas, como acción deliberada que, en determinadas condiciones de producción, genera efectos en quien escribe pero también en aquello o *aquellxs* sobre quienes se escribe -a quienes se nombra-. Y serán analizados no en función de su veracidad, o en su *verdad*. No serán interpretados, sino leídos a partir de los efectos que producen.

Aparece entonces una tensión entre la *interioridad* y la *exterioridad*. La primera es aquella dimensión desde la cual se analiza el documento, como un hecho en sí mismo, sin buscar su carácter de verdad por fuera del texto -como si se tratara de una relación de necesaria correspondencia, punto por punto, entre lo allí dicho y los sucesos históricos del momento-. La *exterioridad*, por su parte, busca entender los efectos de verdad y poder -por ende, de subjetivación-, sin detenerse en la intención de quienes los produjeron como dato único que permita explicarlos. Es la materialidad del discurso -del documento- el hecho que se analizará, y a partir de allí,

se intentará determinar los efectos de verdad en lxs sujetxs. Por otro lado, no se vuelve a los documentos al modo de un archivo que nos permite dar cuenta de la continuidad de la historia, se trata precisamente de buscar en ellos las discontinuidades, las rupturas.

“La arqueología define y caracteriza un nivel de análisis en el dominio de los hechos; la genealogía explica o analiza el nivel de la arqueología” (Morey, 1990, p. 16). Es decir, la arqueología define y delimita los hechos a analizar, los documentos, discursos que revisten una importancia particular para un momento dado. Hará hablar a esos discursos, desde una exterioridad constitutiva. La genealogía por su parte, tomará como objetos de análisis esos discursos y documentos considerados como acontecimientos.

Las leyes, programas sociales, discursos proferidos por políticxs o por sujetxs que llevan adelante formas de resistencia, son algunos de las prácticas discursivas -documentos- que se producen en los circuitos de validación hegemónica, como de los márgenes de nuestra actualidad, reconociendo esa misma diferenciación como producto de las relaciones de poder que se constituyen como las condiciones de su producción y circulación. En general, estos documentos están en el plano de aquello que *es*, y se incorporan, se naturalizan y existen sin que nos detengamos a pensar qué efectos, rupturas y comienzos disponen, generan, propician. En el orden de lo dicho, estos discursos forman parte de lo cotidiano, de aquello que no reviste el carácter de dato a atender, sobre el cual detenerse. Ahí se encuentra su radical importancia para pensarnos como sujetxs inmersxs en un presente, así como también la necesidad de llevar adelante su análisis, teniendo en cuenta las condiciones que hacen posible las formas vigentes de nombrar y nombrarnos, de relacionarse con nosotrxs mismxs y con otrxs.

III. b. Lo propio de la genealogía. O la ontología histórica de nosotrxs mismxs en las relaciones de poder que nos constituyen como sujetxs actuando sobre lxs demás

La genealogía es otra de las dimensiones de las que Foucault se vale para abordar los fenómenos complejos de la realidad y sus efectos en la construcción de subjetividades. Aquí se pone el foco en desentramar las relaciones de poder, los enfrentamientos, las resistencias que se despliegan,

así como las relaciones de gobierno y dominación que se dan entre sujetos. No hay aquí, como ya hemos dicho anteriormente, una ruptura con la arqueología, ya que ambas dimensiones se retrotraen a las mismas reglas metodológicas. La genealogía se presenta como una “ampliación del campo de investigación para incluir, de manera más precisa, el estudio de las prácticas no discursivas” (Castro, 2018, p. 187). Esto conlleva la posibilidad de ubicar la producción y circulación del saber, de la verdad, en el campo de las luchas -entendidas como incitaciones recíprocas-, como producto de los frágiles y siempre cambiantes equilibrios a los que éstas dan lugar.

Foucault propone algunas pistas que permiten seguir los derroteros de la genealogía sin caer en las formas de comprender la historia que la clausuran. Se trata de algunos apuntes que definen los rasgos característicos de esta forma de análisis de las relaciones de poder. En primer lugar, es necesario destacar que la genealogía no intenta remontarse al origen de los procesos o acontecimientos, no sólo porque no es factible detectar el momento iniciático en el que se desata un estado de cosas, sino también porque resulta estéril a los fines de pensar las formas en que el ejercicio del poder nos constituye en los sujetos y las relaciones que somos. No hay algo así -como ya se mencionó al trabajar sobre las reglas metodológicas que propone Foucault- como un origen inmaculado que fundamenta -en tanto que funda- la forma que adoptan las relaciones de poder en un momento determinado. En palabras del autor, la genealogía “se opone, por el contrario, al despliegamiento metahistórico de las significaciones ideales y de las indefinidas teleologías. Se opone a la búsqueda del ‘origen’” (Foucault, 2004, p. 13).

En segundo lugar, el análisis genealógico implica desembarazarse de la idea de los procesos como formando parte de una continuidad ininterrumpida atendiendo, por el contrario, a los fenómenos en su dispersión. En palabras de Foucault:

La genealogía no pretende remontar el tiempo para restablecer una gran continuidad por encima de la dispersión del olvido. Su objetivo no es mostrar que el pasado está todavía ahí bien vivo en el presente, animándolo aún en secreto después de haber impuesto en todas las etapas del recorrido una forma dibujada desde el comienzo (2004, pp. 27-28).

Interesará entonces percibir las rupturas, los accidentes, las desviaciones, los errores, en definitiva, los hechos que han producido lo que es y lo que somos hoy. Supone así reconocer que eso que somos y conocemos está precisamente en la exterioridad de los accidentes, y no en alguna verdad trascendental.

Debemos, en esta búsqueda genealógica, evitar remitir los procesos a una teleología, sino entenderlos desde la multiplicidad del azar. Es decir, analizar los hechos, las prácticas discursivas, los documentos desde su singularidad y por fuera de toda finalidad. No hay teleología que deba descubrirse, como si existiese un objetivo último de los procesos o fenómenos analizados, sino un juego azaroso entre las relaciones de poder: es a partir de esa lucha que se erige el sentido y se *oculta* el azar que gobierna los procesos.

Así, la genealogía se planta contra las grandes sustancias -el yo cartesiano, la historia lineal, el origen metafísico-:

La historia, genealógicamente dirigida, no tiene por meta encontrar las raíces de nuestra identidad, sino, al contrario, empeñarse en disiparla; no intenta encontrar el hogar único del que venimos, esa patria primera a la que los metafísicos nos prometen que regresaremos; intenta hacer aparecer todas las discontinuidades que nos atraviesan (Foucault, 2004, pp. 67-68).

Esta forma de indagación se presenta como un corte sincrónico en la linealidad diacrónica que tradicionalmente se otorga a la historia. Negando, mediante el énfasis en la dispersión de la identidad, la atención del rol del azar en los procesos y la afirmación de la inexistencia de la teleología, la posibilidad misma de sostener esa idea de historia. No hay evolución, ni destino implacable, sino sólo relaciones de enfrentamiento y resistencia que tejen el escenario que habitamos.

Para Foucault existen tres dominios de la genealogía, lo que demuestra que sus investigaciones, si bien han tenido diferentes focos, están signadas por la inquietud sobre el sujeto. La genealogía de la verdad, que indaga sobre nuestra constitución como sujetos de conocimiento y nuestro vínculo con la verdad; la genealogía del poder que se detiene en los modos en que, a partir de las relaciones de saber-poder, las instituciones, las disciplinas, etc., nos constituimos como sujetos que gobiernan a otros y aceptamos ser

gobernadx de determinado modo; y una genealogía de la moral que se pregunta por cómo y a través de qué técnicas hacemos de nosotrxs sujetxs de acción moral.

La potencia de esta forma de análisis de la realidad reside en que abre a la posibilidad de subversión del orden existente. Entender lo que (nos) pasa hoy, como producto de relaciones de poder que no se inscriben en una linealidad de sucesos con un fin determinado, reconoce la capacidad de lxs sujetxs de intervenir y hacer historia. De producir fisuras y disrupciones².

Resulta menester señalar que la ocasión de transformación encuentra su condición de posibilidad en la libertad, en el reconocimiento de la capacidad de acción de lxs sujetxs -siempre en un marco determinado-. Este rasgo propio de las relaciones de poder a su vez reviste una importancia fundamental en el vínculo de lxs sujetxs consigo mismxs, es decir, la ética.

III. c. Lo propio de la ética. O la ontología histórica de nosotrxs mismxs en la relación por medio de la cual nos constituimos como sujetxs de acción moral

Foucault introduce una noción de ética que rompe con la idea tradicional e histórica que la entiende como aquella reflexión filosófica sobre la moral. Para él se trata la relación que lx sujetx establece consigo mismx, mediada por las tecnologías que se aplican para constituirnos como sujetxs morales.

En este sentido, Foucault destaca cuatro aspectos principales de esa relación consigo mismx que determina el modo en que nos constituimos como sujetxs morales de nuestras propias acciones (Foucault, 2015). En primer lugar, es necesario atender a la sustancia ética, es decir, al aspecto de lx sujetx que está en relación con una conducta moral, en particular aquellos comportamientos que resultan relevantes en cierto momento histórico: actos, relaciones, prácticas, deseos, etcétera.

En segundo lugar, Foucault analiza las formas de sujeción, es decir, “el modo en virtud del cual los individuos tienen que reconocer las obligacio-

2 Nos parece de todas formas importante aclarar que la dimensión del azar implica que lxs sujetxs no podemos controlarlo todo, que hay algo del orden de lo contingente que nos atraviesa y constituye, pero de ningún modo supone caer nuevamente a la idea de que ese azar nos vuelve a imponer un destino que nuestras prácticas no pueden cambiar, o de que no existan regularidades históricas.

nes morales que se les imponen” (Foucault, 2015, p. 356), o las maneras en que lxs sujetxs se relacionan con la ley moral. Esto supone atender a la doble dimensión de exterioridad de ley, como también su apropiación y naturalización.

En tercer lugar, se destacan las técnicas de sí como aquellos medios a partir de los cuales nos transformamos para llegar a ser sujetxs morales. Se trata del trabajo que efectúa lx sujetx sobre sí mismx, que da lugar al cuarto aspecto de la relación: “¿en que clase de ser queremos convertirnos cuando tenemos un comportamiento moral?” (Foucault, 2015, p. 357). A este aspecto Foucault lo denomina teleología moral.

Deteniéndose en cada una de estas dimensiones, lo que Foucault busca desde el análisis ético es entender las formas en que nos relacionamos con nosotrxs mismxs y las prácticas de sí de las que nos valemos para constituirnos en lxs sujetxs que somos en un determinado momento histórico, estando este trabajo enmarcado en las relaciones de poder y de gobierno que nos atraviesan y producen en relación a otrxs, a las leyes y normas morales.

Poner el foco en lx sujetx abre una nueva forma de vincularnos con nosotrxs mismxs y lxs otrxs, con todo lo que nos rodea, con las formas de gobierno en las que estamos inmersxs, e implica un corrimiento de formas tradicionales de acceder al conocimiento de lo social. Se trata de lo más constitutivo de lo humano, y no está escindido de las formas en que se produce la verdad y se ejerce el poder. Atender a cualquiera de esas dimensiones supone para nosotras, necesariamente, detenerse en lxs sujetxs, es decir, en un análisis ético. Todo comportamiento humano está atravesado por estas múltiples dimensiones: somos con otrxs, bajo ciertas formas de gobierno, nos leemos inmersxs en ciertos juegos de verdad. Nos hacemos en ese marco que nos hace reconocibles por otrxs y por nosotrxs mismxs.

En este sentido, atender a los efectos de saber-poder que operan en el escenario de nuestro presente conlleva una mirada atenta de las maneras en que, en el marco de la administración neoliberal de la población de la que somos objeto, se promueven formas diferenciales de subjetivación, atendiendo a factores económicos, culturales y sociales. Las herramientas foucaultianas en torno a la ética habilitan una guía en esta perspectiva, de suma urgencia si queremos desnaturalizar los lugares y circuitos habilita-

dos o prohibidos, y las maneras en que a través de ese dato nos relacionamos con nosotrxs mismxs y lxs otrxs.

VI. Inquietudes finales del recorrido. Algunas conclusiones transitorias o acerca de la imposibilidad de clausura del pensamiento

En este trabajo hemos intentado identificar los diferentes elementos que propone Michel Foucault para analizar la realidad. Buscamos crear un itinerario con sus herramientas, que nos permita construir una lectura crítica de nuestra actualidad. Que nos habilite a analizar aquello que existe y se nos presenta como natural, nos permite ver en la superficie, nos remonte a pensar aquellas condiciones que generamos para que nuestra realidad sea eso que vivimos cotidianamente, nos produce y producimos.

Retomar estas dimensiones de análisis crítico nos posibilita identificar los enlaces y entrecruzamientos que constituyen nuestra experiencia en el mundo, ordenándolos en estas categorías: cómo y qué podemos conocer; cómo nos constituimos como objetos y sujetxs de conocimiento; cómo eso está atravesado y producido por relaciones de poder que determinan nuestro vínculo con nosotrxs y lxs otrxs, y prefiguran ciertas formas de gobierno. Estas tres miradas nos permiten acercarnos a la multiplicidad, contingencia y complejidad del mundo.

Nos interesa además que el análisis propuesto trascienda la mera descripción de las cosas. En este punto es central transformar la pregunta sobre *qué* es algo, por *cómo* y *a través de qué mecanismos* algo se presenta como verdadero y real. Es decir, la pregunta por los mecanismos que habilitan, legitiman, producen y reproducen ciertas prácticas discursivas y no discursivas y sus efectos.

Para finalizar nos interesa traer la pregunta sobre la utilidad o el sentido de pensar a la filosofía como una ontología histórico-crítica de nosotrxs mismxs. O dicho de otro modo: ¿qué función debe cumplir hoy un abordaje filosófico de la actualidad? Entendemos, al igual que Foucault, que su aporte radica en la potencialidad del método filosófico hasta aquí trabajado para, a partir del análisis crítico de lo que nos pasa, cuestionar nuestro presente y desandar las mallas del poder que obturan las posibilidades de transformarlo.

Así, las reflexiones sobre la sociedad en que vivimos nos lleva a preguntarnos: ¿Cómo llegamos hasta aquí? ¿Qué es lo que nos ocurre para

que naturalicemos ciertas prácticas violentas, opresivas, de sumisión extrema? ¿Qué es lo que nos ocurre/ocurrió como sociedad para que legitemos esas prácticas de objetivación y subjetivación que dividen, clasifican, excluyen y matan? Sabiendo que resultará del todo imposible llegar a una respuesta definitiva a estas preguntas, nos interesa abrir el círculo de la inquietud, trazar fisuras en lo sólido, echar a andar el movimiento de problematización constante del pensamiento. Es una tarea, además de importante, urgente si creemos en la posibilidad -y asumimos nuestra responsabilidad histórica- de transformar el orden de lo existente.

Bibliografía

Castro, Edgardo (2018) *Diccionario Foucault. Temas, conceptos y autores*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Deleuze, Gilles (2014) *El poder: Curso sobre Foucault, tomo II*. Buenos Aires: Cactus.

Florence, Maurice (1984) "Autorretrato" en *Dictionnaire des philosophes*, Vol. I, en PUB, París, 941-944.

Foucault, Michel (2006) "Soy un artificiero" en Droit, R. *Entrevistas con Michel Foucault*. Buenos Aires: Paidós, 71-104.

Foucault, Michel (2015a) "El sujeto y el poder" en Álvarez Yagüez, J. *La ética del pensamiento: para una crítica de lo que somos*. Madrid: Biblioteca Nueva, 317-342.

Foucault, Michel (2015b) "Acerca de la genealogía de la ética. Un panorama del trabajo en curso 1983" (entrevista realizada H. Dreyfus y P. Rabinow), en Álvarez Yagüez, J. *La ética del pensamiento: para una crítica de lo que somos*. Madrid: Biblioteca Nueva, 343-370.

Foucault, Michel (2004) *Nietzsche, la genealogía y la historia*. España: Pre-textos.

Morey, Miguel (1990) "La cuestión del método" en Foucault, M. *Tecnologías del Yo*. Buenos Aires: Paidós, 9-44.

